

987.06109
Z 25m
LR-852-1

MUERTE

DEL GENERAL

EZEQUIEL ZAMORA

1894



PARÍS
IMPRENTA DE A. LAHURE
9, CALLE DE FLEURUS, 9

1894





MUERTE

DEL GENERAL

EZEQUIEL ZAMORA

He leido con mucho interés lo escrito hasta ahora, sobre la muerte del General Ezequiel Zamora, y no para terciar en la materia, sí para que se sepa bien sabido, como acaeció la inmensa desgracia de San Carlos, me decido á anticipar la publicación de un fragmento de mis « Memorias », escritas éstas para ver la luz pública á principios de la centuria próxima.

Hanse comenzado á difundir por la

prensa ideas inexactas respecto de hecho tan importante, sobre el cual no hay ni puede haber documentación alguna, y por ello conviene consignar cuanto ántes mi testimonio; único que puede existir, pués que soy el solo testigo ocular que queda, ya que el General Piña, coriano, de Sabanas Altas ó Cumarebo, ha dejado de existir.

GUZMÁN BLANCO.

Paris, Febrero, 1894.

HE AQUI EL TEXTO

DE MIS

MEMORIAS

Como a las tres de la madrugada del 9 de Enero, llegó el Ejército al río San Carlos, y después de haber salido cuatro guerrillas baqueanas a inquietar la plaza, reposó el Ejército en la misma formación que traía. Muy temprano, al amanecer, pasamos sin dificultad el río, y el General Zamora comenzó el ataque de la ciudad. Como á las nueve de la mañana, ya estabamos ocupandola casi toda y circundando la plaza principal, donde el enemigo concentró su defensa, apoyado

en edificios aspillerados y por trincheras y tamboretes hábilmente distribuidos.

Cerca del medio día, se recibió el parte de que « una fuerza, como de 500 hombres, venía por el camino de Valencia, en resfuerzo de las sitiadas en San Carlos. »

En el acto salió el General Falcón con 400 hombres a batirla, y mientras éste peleaba en la Yaguara, el General Zamora forzó de mil maneras diferentes el ataque contra la plaza de San Carlos, convirtiéndolo en un verdadero asalto, para impedir con éste que pudiera salir algún cuerpo en apoyo de los auxiliares.

En éste crítico momento fué que el General Zamora, enardecido por un rapto de heroísmo, tomó la bandera amarilla de las siete estrellas, divisa del Ejercito Federal, y solo, á caballo é inesperada-

mente, partió a galope y de frente sobre la trinchera de la Calle Real, á cuyo costado izquierdo se encontraba la Iglesia matriz. Tan extraordinario arranque de intrepidez produjo estupefacción en todos nuestros Jefes, oficiales y soldados: asombro, puede decirse, que súbito tornóse en transportes de entusiasmo y vencedores que rayaban en frenesí.

Su kepi, su casaca militar azul con botones dorados, y la banda amarilla de su sable, cruzada por el pecho á la llanera, denunciaban perfectamente á Zamora ante la simple vista del enemigo, quién durante los trescientos metros de las dos calles sucesivas, le hizo los mas nutridos fuegos, sin que, providencialmente, lo tropezase un solo proyectil.

Ya sobre la trinchera, torció el heróico General á la izquierda, y entró por el



solar situado al costado sur de la Iglesia. Allí fuimos a reunirnosle sus Edecanes y yó, que le servía de secretario.

Lo encontramos examinando las partes adyacentes del sur y occidente de la Iglesia; y á poco apeóse de su caballo rucio para subir la escalera de la Torre, que en gran parte domina la plaza. Estudiando ésta, le dirijía al oficial Montenegro, sancarleño, que estaba presente, algunas preguntas, para mejor orientarse de la topografía del lugar. Este diálogo fué interrumpido por el General Payares, que de las casas bajas del frente, léjos, y muy excitado, trataba de hacerle saber al General Zamora, algo que pasaba en aquella sección del asalto. Súbito, abandonó Zamora el diálogo con Montenegro, y descendió por la escalera de la torre.

Al llegar al pié de ésta, volvióse a mi, que lo seguía, y me dijo : « Vete muy despacio, sin mover ese zarzal que cubre el solar, y al llegar á la calle, corre de modo que en tres saltos cojas aquella puerta de la casa del frente. »

Tal como me lo dijo, lo hice, y al llegar á la puerta, que estaba cerrada, me volví como para demandar órdenes; pero en éste momento me encontré con que el General venía haciendo lo mismo que me había ordenado ejecutase yo.

Incontinenti tocamos fuertemente y los de dentro abrieron la puerta, tan pronto como se cercioraron de que era el General Zamora el que llamaba.

Atravesamos por el patio principal esa casa, y penetramos en la del señor Borjas, liberal antiguo, prócer del partido, y muy respetable propietario, que

en el corredor, con algunos de su familia lo recibieron, le hicieron mil saludos y ofrecimientos y hasta le pidieron que aceptase un ligero almuerzo. A esto contestó el General, que lo aceptaría a su regreso; y continuando por un corredor y después por una especie de cocina o caballeriza abandonadas, se metió por la perforación de la pared que dividía esa casa de aquella desde donde el General Payares le había llamado la atención. A paso largo, dirigióse el General Zamora á las posiciones ocupadas por el General Piña. Eran éstas dos puntos de ataque: uno de frente y otro de flanco, forzando un ángulo entrante que por éste lado defendía la plaza.

Allí estuvo Zamora organizando y distribuyendo mejor las guerrillas, y enseñando á los soldados, el como debían

pelear con mas ventaja; y, sobre todo, como habían de lanzar, los de la guerrilla del frente, un pequeño objeto con una tenue púa, a veces un alfiler o una aguja, con plumas de gallo, por lo que se llamaba entre nosotros, gallo de incendio. El sitiador arrojaba éstos gallos para que se clavasen en una puerta, en una vigueta, ó en la caña amarga de un techo, y como tenían un maguey encendido entre la punta y las plumas, eran al cabo muy eficaces para el objeto. (El mismo que los romanos llamaron falárica).

Terminado aquel detalle, el General Zamora siguió ocupándose en como se cubría inmediatamente un gran claro que flanqueaba ambas guerrillas, muy fácil y seguramente; y parado en la abertura de una puerta sin hojas, cuya

pared limitaba el patio de la casa, dejando ver tanto el ataque de las guerrillas dichas, como el flanqueo mencionado, Zamora sostenía un entrecortado monólogo, del cual oí : « ... Sí... allí... dos... muy bien,... ahora mismo »

Mientras se decía él estas palabras, veía alternativamente hacia las guerrillas que peleaban y hacia el flanco descubierto. Como en uno de estos movimientos, tocó con su hombro el mío, yo di un paso lateral á la derecha, para no estorbarle, y... diciendo : « Ca... » cayó sin acabar de articular la palabra, doblando las rodillas y descendiendo su cuerpo de espaldas en mis brazos.

Como, al sujetarle, ví que una bála le había entrado por el ojo derecho y sentía el torrente de sangre ardiente que le salía por el occipucio, bañandome el

brazo izquierdo con que lo sujetaba, comprendí al instante, que era ya cadáver el héroe de Tacasuruma, de Quisiro y el Palito, de san Lorenzo y Santa Ines, el Corozo y Curbatí; alma del, hasta entonces, victorioso Ejercito Federal....

Mi sorpresa y mi consternación fueron tales, que perdí la vista durante muchos segundos, de modo que no lo ví, pero si le oí al General Piña, que corrió para ayudarme á cargarlo, estas palabras : « ¡ Nos mataron el hombre ! »

Pedíle su cobija, que tenía terciada del hombro izquierdo a la cadera derecha, como era costumbre del guerrillero entonces, y entrabmos lo envolvimos y lo arrimamos a la pared, evitando que lo viesen las guerrillas del mismo Piña. Recomendé a éste cuidarlo mientras yo

regresaba, y sin perder un instante, corrí á la Yaguara, para hacer saber tamaña desgracia al General Falcón, que era á quien tocaba tomar las medidas consiguientes a tan inmenso vacío.

El General Falcon se quedó estupefacto... ¡ « Qué desgracia, Santo Dios! » exclamó... La intensidad de la mirada con que me vió, la expresión nerviosa de su boca, la consternacion de toda su noble fisonomía, me impidieron decirle nada mas....

No recuerdo si fué él mismo y directamente, quien me ordenó decir al General Trías, que fuera á recorrer y sostener la linea de ataque, ó si lo hize con solo la consulta del General Pachano, cuñado de Falcón, íntimo amigo mio, persona tan serena como inteligente y como discreta. Pero, sea de ello lo que fuere, así lo

ejecuté, no sin tener que insinuar al General Triás la inoportunidad de darse á ningun sentimentalismo, muy natural en un grande amigo como lo era él de Ezequiel (así llamaba Trias á Zamora), pero incompatible con el cumplimiento inexorable del deber que las circunstancias le imponian, como 2º Jefe del Ejercito de Occidente.

El General Triás montó á caballo á recorrer todos los puntos de la linea con su habitual serenidad, y yo fuí á recoger los despojos del mas grande y mas glorioso de los soldados de la Federación, en cuyo culto me crié y de quien después aprendí, como todos los oficiales de la guerra larga, esa táctica que él inventó a imágen y semejanza de las peculiaridades topográficas de Venezuela, y de la idiosincrasia de nuestros pueblos.



Llamé a Piña, y entre los dos trajimos el cadáver con filial cuidado á la casa del señor Borjas, ya mencionado, y lo pusimos en un catre, que encontramos en la pieza que da á uno de los corredores laterales, cubrimos el cadáver, cerramos la puerta, y yo guardé la llave.

Aprovechando las horas de día que quedaban, busqué los útiles é instrumentos del caso y cuatro soldados de Nutrias y Libertad, de aquellos primeros que tomaron las armas en tiempo de Espinosa, y escojí, por último, el patio de la casa que me pareció preferible, porque los habitantes de ésta habían emigrado, y además se encontraba fuera del tráfico de las líneas de ataque. El patio tenía afortunadamente tres árboles que afectaban un triángulo isóceles, y podían servir, en todo evento, de señales

el día que de allí hubieran de sacarse los restos del Valiente Cuidadano.

Como a la una de la madrugada abrimos la fosa, depositamos el cadáver y lo cubrimos con tierra muy pisada. La sepultura como sus alrededores, los regamos con los despojos y basuras de los corrales inmediatos, y estuvimos los cuatro soldados y yo, durante una hora, pisando y repisando éstas basuras y despojos, para que á la claridad del día, la simple vista no pudiera sorprender el secreto.

Acto continuo, regresé al campamento, y puse en mano de cada uno de los cuatro soldados, una boleta retirandolos a su casa y recomendandolos á todos los jefes, autoridades y ciudadanos del tránsito que estaban al servicio de la Federación.

Muy temprano, ántes del toque de diana, salieron, y los acompañé para sa-

carlos del campamento, hasta el paso real del río San Carlos.

Ellos no sospechaban siquiera, que el muerto que habían enterrado, era el Gran Ciudadano, héroe de la Federación y la imagen querida de todos los valientes de Venezuela....

¡Por eso iban contentos para sus casas y no llevaron el pésame á la heroica Barinas, Monte Sacro de las libertades patrias!

El secreto se guardó largo tiempo, porque la horrenda noticia hubiera producido pánico, y quizás se hubiera disuelto parte de las fuerzas del sur de Occidente, que, desde el principio de la guerra, habían acompañado al Cabo Zamora, como ellas le llamaban.

Algunos años después del triunfo de la Federación, normalizada la República

y siendo Presidente, me trasladé expresamente á la historica San Carlos; extraje los restos de la sepultura ya descrita; le hice al héroe una solemne Apoteosis en Carácas, y deposité sus cenizas en el Panteon nacional, donde reposa desde entonces, el Gran Zamora entre los Grandes Servidores de la Patria.

Es copia :

GUZMÁN BLANCO.

ZRV
G-989 AM

